

LA RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA DEL TRABAJO EN ASTURIAS

IRENE DÍAZ MARTÍNEZ
RUBÉN VEGA GARCÍA

En la presentación de las IX Jornadas Internacionales de Patrimonio Industrial, en el año 2007, el presidente de INCUNA¹, Miguel Álvarez Areces, destacaba que Asturias formaba, junto con Cataluña y el País Vasco, el grupo de comunidades autónomas españolas que más empeño habían puesto en la conservación de su patrimonio. Según sus palabras, “Asturias es puntera en la recuperación de la memoria del trabajo”. Abundaba Areces en la larga travesía, no exenta de obstáculos, de quienes se embarcaron, coincidiendo con los críticos años de la reconversión industrial, en la recuperación de una herencia que es hoy factor de desarrollo, convirtiendo en recurso lo que se tenía por una rémora. “Hay una verdadera industria cultural y de ocio en torno a ese patrimonio”, sentenciaba².

A propósito de estas afirmaciones son varias las reflexiones que cabe plantearse. La primera tiene que ver con la utilización del concepto de memoria del trabajo en relación con el patrimonio. Identificar la recuperación del patrimonio industrial con la recuperación de la memoria del trabajo conlleva no sólo valorizar y salvaguardar los restos materiales, sino también articular unos presupuestos metodológicos y de investigación bien definidos, amén de una sistemática búsqueda de fuentes, con los que se pueda abordar una política de gestión y preservación que de sentido a esos vestigios físicos manteniendo un punto de partida en las trazas materiales pero también experienciales de la actividad pasada.

La segunda reflexión guarda relación con la industria cultural generada en torno a la puesta en valor del patrimonio y el *boom* museístico experimentado en los últimos años en Asturias. Con algunas excepciones notables –avaladas tanto por la larga trayectoria de alguno de estos centros museísticos como por la exquisita apuesta por una renovación de los contenidos y las formas de comunicación– no son pocos los museos que, repartidos a lo largo y ancho de nuestra región,

¹ Asociación de Arqueología Industrial Máximo Fuertes Acevedo. Una información más detallada sobre INCUNA en www.incuna.org

² Declaraciones recogidas en el diario *La Nueva España* el 7 de septiembre de 2007. La novena edición de las Jornadas se centró en el patrimonio industrial metalúrgico bajo el título de “Del hierro al acero. Forjando el patrimonio industrial metalúrgico”.

almacenan materiales y recrean espacios de trabajo con la finalidad no tanto de recomponer y (re)valorizar el tejido social, cuanto el productivo, en línea con el creciente aumento de un perfil de turista ávido de consumir “cultura” y, en general, poco exigente con las propuestas ofertadas. Esta afirmación no pretende, aún al contrario, menoscabar los esfuerzos llevados a cabo por particulares y administraciones locales y/o regionales en la puesta en marcha de estos museos, sino más bien llamar la atención sobre la necesidad de un planteamiento en la concepción de los mismos que integre paisaje y paisanaje.

Finalmente, y en estrecha relación con los aspectos esbozados anteriormente, una última reflexión nos lleva a detenernos en el peso que la memoria del trabajo tiene en Asturias, no solo como un objeto “*museizable*” que es imperioso preservar por la riqueza que genera y por su pasada relevancia en la transformación social y económica vivida en la región, sino como seña de identidad colectiva cohesionadora del tejido social. Las culturas del trabajo generadas en torno a un oficio o una determinada actividad laboral y los discursos, prácticas e identidades fraguados en torno a las relaciones sociales, solidaridades y antagonismos de clase, fueron definiendo y articulando unas específicas formas de consciencia y autopercepción que en la actualidad, cuando muchas de las bases materiales que les dieron origen están en desuso o en proceso de desaparición, sigue siendo posible rastrear en comportamientos, actitudes, acciones y reacciones. Sin ir más lejos, la creación artística –cinematográfica, literaria, teatral, musical y plástica- ha encontrado en Asturias, de forma llamativa, una fuente de inspiración en el pasado industrial y minero de la región³. Este anclaje en la memoria de una sociedad fabril y obrera no resulta menos intenso, aunque obviamente debe ser reelaborado, en las nuevas generaciones que entran en escena en medio del declive y la desarticulación de los marcos tradicionales. No pocas iniciativas de reactivación de zonas afectadas por el desmantelamiento industrial, impulsadas por un tejido asociativo que reacciona tratando de buscar alternativas, ven ese pasado no como una rémora sino como un aliento para el futuro. Por otra parte, ese legado comprende, de forma explícita, tanto una dimensión material como otra inmaterial ligada a la voluntad de ofrecer respuestas colectivas por medio de la asociación y la movilización, como parte de una idiosincrasia que conscientemente remite a la memoria de las luchas obreras: “*No se puede ser de Turón y no ser rebelde*”⁴, afirma contundente el presidente de la Plataforma Juvenil de Turón, a medio camino entre una declaración de principios y una explicación de los motivos que impulsan a un grupo de jóvenes que nunca conocerán el trabajo en la mina más que a través de los relatos de sus mayores a tomar el relevo de generaciones precedentes y a sentirse herederos de sus combates.

La memoria del trabajo puede actuar socialmente como un factor cohesionador y como fuente de identidad, cumpliendo una función integradora que puede

³ Un repaso por la creación artística asturiana de los últimos años ligada a la memoria de la minería puede hallarse en Vega, Rubén y Díaz, Irene, “Todo sale de la mina”, A Quemarropa, nº 6, 11 de julio de 2007, pp. 4-5.

⁴ Entrevista a Miguel Prado, presidente de la Plataforma Juvenil de Turón (Asturias), 18 de marzo de 2009.

persistir en el tiempo aun a pesar del desmoronamiento de sus bases materiales. En Asturias, este fenómeno resulta particularmente patente en las cuencas mineras, donde la drástica contracción de la actividad extractiva no corre en paralelo con una identidad colectiva que se reafirma en torno al legado de la mina, para el cual difícilmente se encuentra un sustituto que permita redefinir esa identidad sobre nuevos fundamentos. En el caso de la minería, revestida de especiales connotaciones que le confieren una gran potencialidad simbólica, esa virtud es posible incluso cuando se trata de una memoria ajena adoptada como propia. En el municipio pontevedrés de Vila de Cruces, la rehabilitación del antiguo poblado minero de Fontao y su transformación en viviendas sociales de reciente ocupación ha suscitado entre sus recién llegados habitantes un interesante fenómeno: la asociación de vecinos ha emprendido un esfuerzo por recuperar la memoria del espacio, aun cuando el grupo humano carece de conexiones con quienes les precedieron en ese mismo poblado. El hecho de que en las inmediaciones persistan las ruinas de la abandonada explotación de wolframio y el indudable interés arquitectónico del conjunto singularizan al pueblo, le dan personalidad, atrayendo la atención sobre él. Como consecuencia, el pasado minero se incorpora a la conciencia de sus actuales moradores, brinda pretexto para actividades culturales y revaloriza el poblado al darle un nuevo/viejo sentido⁵.

■ LOS MUSEOS Y CENTROS DE INTERPRETACIÓN Y LA MEMORIA DEL TRABAJO

Del Occidente al Oriente de Asturias, más de una treintena de museos etnográficos vienen realizando un notable esfuerzo de recogida y preservación de las costumbres y oficios de la sociedad rural de la región⁶. Recrean en sus dependencias los modos de vida tradicionales con especial énfasis en la reconstrucción de viviendas o espacios de trabajo específicos de cada zona del territorio. Sin excep-

⁵ En el verano de 2008, la asociación de vecinos organizó actividades que, bajo la denominación de "Fontao na memoria. Obradoiro de recuperación de historias", incluyeron una exposición fotográfica, la recogida de testimonios orales, proyecciones de documentales y la edición de un catálogo.

⁶ Los museos integrados en la Red de Museos Etnográficos de Asturias, creada en el año 2001, son los siguientes: Museo Etnográfico del Pueblo de Asturias en Gijón, Museo Casa Natal del Marqués de Sargadelos en Santa Eulalia de Oscos, Museo Etnográfico de Grandas de Salime, Museo Etnográfico Juan Pérez Villamil en Puerto de Vega, Museo Vaqueiro de Asturias en Tineo, Ecomuseo de Somiedo, Museo Etnográfico de Grado, Museo Etnográfico de Quirós, Museo Etnográfico de la Llechería en Morcín, Museo Marítimo de Asturias en Luanco, Museo de la Sidra de Asturias en Nava, Museo de la Escuela Rural en Cabranes, Museo de la Madera de Caso y Museo Etnográfico del Oriente de Asturias en Llanes. Existen además otros centros no vinculados a la Red que vienen funcionando desde hace pocos años y dan cuenta del boom museístico existente en Asturias: Centro de Interpretación del poblado minero de Bustiello en Mieres, Centro de Interpretación de los Lavaderos de Boal, Conjunto Etnográfico Os Teixois en Taramundi, Casa de la Apicultura en Boal, Museo de los Molinos Mazonovo de Taramundi, Museo Etnográfico Esquios en Taramundi, Casa Museo de la Cuchillería tradicional de Taramundi, Museo del Telar de Taramundi, Centro de Interpretación de la Artesanía del Hierro en Boal, Aula del Ferrocarril Minero de Loredo en Mieres, Museo del Oro de Asturias en Tineo, Aula del Oro en Belmonte de Miranda, Museo Etnográfico de Sisterna en Ibias, Museo Etnográfico de Gallegos en Mieres, Centro de Interpretación del Valle de Turón, Aula Didáctica Los Pixuetos y el Mar en Cudillero, Exposición Permanente "La Industria Conservera" en Candás, Museo del Territorio en Ribadesella, Museo Etnológico de Pesoz y Museo del Vino de Cangas de Narcea.

ción, todos ellos custodian aperos o utensilios que retrotraen al visitante a un periodo en el que las labores del campo o las propias del mar acabaron por definir oficios, en su mayoría actualmente extintos, pero que en su día fueron un soporte fundamental económico pero también social. Con su apertura al público, estos museos buscan dinamizar el maltrecho tejido productivo de zonas marcadas por la despoblación y el abandono de las labores agropecuarias y pesqueras. Sin embargo todos estos esfuerzos acaban por chocar con una “puesta en escena” del trabajo que tiende a borrar las huellas mismas del trabajo. Los discursos museográficos que articulan estos centros, mantienen como eje expositivo el propio proceso productivo. De este modo, se corre el riesgo de que molineros, herreros, navalleiros, goxeiros, madreñeros, filanderas, labradores o pescadores se vean despojados de su humanidad y se despache su existencia como hacedores del oficio con generalizaciones acerca de la dureza de las condiciones de trabajo y vida en que se desenvolvía su cotidianeidad.

En la misma línea que los museos etnográficos a que hemos hecho referencia, el Museo de la Minería de Asturias (MUMI) mantiene como gran atracción la mina-imagen, en la que se recrea la parte técnica del trabajo y a la que se suma en el resto del edificio una serie de colecciones de artilugios relacionados con el quehacer minero. En contra de los que se supone que son cometidos propios de este tipo de entidades, el Museo carece de un archivo consultable, no promueve investigación y no ha editado obra alguna en quince años de existencia, de modo que su aportación a la memoria de la minería en Asturias se reduce estrictamente a lo expositivo. Apenas cabe insistir en la impronta que en Asturias dejó la mina: buena parte de la idiosincrasia que caracteriza aún en la actualidad a la región, así como la imagen que sigue proyectando hacia fuera, tiene en el “ser minero” una seña de identidad que va más allá de la práctica del oficio y que configuró en las zonas de tradición minera una densa red de solidaridades y la conformación de unas identidades de grupo que tienen aún hoy pervivencia pese a los drásticos ajustes sufridos por el sector. En el citado museo, sin embargo, referencias veladas a su papel como vanguardia del movimiento obrero zanján la “cuestión social” de la multitud de hombres y no pocas mujeres que hicieron de la mina su razón de ser. Una fijación por la tecnología y las máquinas que acaba por oscurecer las dimensiones humanas y sociales, en este caso de las comunidades mineras, aunque bien podría hacerse extensible a grupos identificados con una práctica productiva, rural o industrial, donde se hace desaparecer al trabajo y a los trabajadores. Sin las pretensiones del MUMI, que anualmente recibe la visita de unas cien mil personas⁷, el Aula Minera de Bustiello recrea en las habitaciones del chalet del ingeniero desde la geología del carbón hasta la vida del Marqués de Comillas –figura emblemática del paternalismo industrial– pasando por las herramientas propias del oficio y numerosas fotos de quienes en su día dieron vida al poblado minero de Bustiello. Una acumulación, en fin de piezas, fragmentos, edi-

⁷ Según información aparecida en *La Nueva España* el 14 de marzo de 2007, el Museo de la Minería y de la Industria recibió 101.000 visitantes en el año 2006, cifra que supera a la de cualquier otro museo de Asturias.

ficios o restos desenraizados que se cuidan, además, de dar cuenta de la naturaleza del proyecto de Comillas y la función del poblado, al servicio de un sofisticado plan de control de vidas y mentes⁸.

No cabe, sin embargo, hacer extensibles estas consideraciones a la totalidad de museos o centros existentes en Asturias dedicados a la recuperación de la memoria del trabajo. Entre las excepciones merece la pena resaltar los esfuerzos de renovación de contenidos realizados por el Museo Etnográfico del Pueblo de Asturias, depositario –además de los edificios y piezas que forman parte de su primigenia concepción expositiva, centrada en el mundo rural asturiano– de un excelente Archivo de la Tradición Oral en Asturias, otro de la Música Tradicional, así como un Museo de la Gaita, junto a ricos fondos gráficos, bibliográficos y documentales y una línea de publicaciones de notable interés⁹. En similar dirección se ha orientado el Museo del Ferrocarril, haciendo acopio de fondos documentales de empresas ferroviarias, mineras e industriales y promoviendo investigaciones sobre la historia del trabajo industrial¹⁰, o el Museo de la Siderurgia de Asturias (MUSI), que compensa la estrechez de espacios y recursos con visitas guiadas por el casco urbano y el hábitat obrero de La Felguera¹¹.

Entre las apuestas basadas en una concepción integradora del paisaje y el paisaje y en una propuesta expositiva que da la voz a los que allí vivieron, se halla la ciudadela de Celestino Solar, en Gijón. Se trata de un espacio de infravivienda obrera que, tras su abandono en los años sesenta y posterior ruina, fue reconstruido y abierto al público como muestra de las condiciones de vida de la clase obrera. Una labor de documentación, rastreo de fuentes y utilización de testimonios orales para tejer una auténtica memoria de las condiciones de vida de los trabajadores han permitido contar con un audiovisual integrado en el recorrido y que permite dar sentido al espacio a partir de la voz de sus antiguos habitantes. La investigación paralela ha dado lugar a un libro riguroso y documentado¹². Ahora bien, la recreación física de las viviendas ha adolecido del necesario rigor, priman-

⁸ De la mano de la Asociación de Turismo de la Montaña central de Asturias, fundada en 1998, se puso en marcha la iniciativa Mieres Territorio Museo (www.territorio-museo.com) que gestiona, entre otros, museos y centros de interpretación vinculados al pasado del trabajo en el concejo como son el Centro de Interpretación del poblado minero de Bustiello, el Aula del Ferrocarril de Loreda, el Aula del Pozo Espinos (Centro de Interpretación del Valle de Turón) y, recientemente, el Museo Etnográfico de Gallegos.

⁹ Un resumen de las propuestas y actividades que viene realizando el Museo Etnográfico del Pueblo de Asturias puede hallarse en López Álvarez, Juaco: "La museografía en el Museo del Pueblo de Asturias" en *Cuaderns-e. Institut Català de Antropologia*, nº 9, 2007.

¹⁰ Recientemente el Museo del Ferrocarril ha adquirido el Archivo de Mina La Camocha, cuya consulta es indispensable para el conocimiento de la realidad minera en Asturias por la riqueza de sus fondos, que ofrecen series completas desde la puesta en marcha de la empresa minera hasta su cierre en 2007. Cuenta asimismo con fondos documentales de los astilleros Riera, así como otros específicamente ferroviarios. Desde hace varios años viene realizando un esfuerzo de recuperación de la cultura del trabajo de los ferroviarios así como, desde el año 2008, de las cigarreras de la extinta Fábrica de Tabacos de Gijón.

¹¹ El Museo de la Siderurgia ha nacido constreñido por el lastre de la previa demolición de casi todas las instalaciones siderúrgicas de la antigua factoría de Duro-Felguera, para convertir el solar en un parque de empresas (Valnación) en el que posteriormente se insertó el museo dentro del antiguo refrigerador de la fábrica, solitario superviviente junto con la inefable chimenea que suele resistir a las demoliciones.

¹² Vila Álvarez, Nuria: *Un patio gijonés. La ciudadela de Celestino González Solar (1877-1977)*, Ayuntamiento de Gijón, Asturias, 2007.

do criterios que poco tienen que ver con la fidelidad al original y más bien responden al gusto de técnicos ajenos al espíritu que animaba la iniciativa.

Y es que, tal y como afirma Juan José Castillo en un artículo que, pese a tener ya unos años, no ha perdido un ápice de actualidad, la memoria del trabajo es más que el edificio, más que la máquina reluciente, más que el propio proceso productivo reproducido minuciosamente: *“Esa memoria se puede plasmar en datos diversos, informaciones de periódicos, entrevistas en prensa, cartas o datos recogidos en entrevistas orales. Habrá otras pistas, huellas que pueden estar en los restos físicos. Basta saber interpretarlos”*¹³.

Esta reflexión, compartida plenamente por quienes firman este texto, bien podría hacerse extensible al conjunto de iniciativas, agrupadas bajo el denominador de etnográficas, que aspiran a recuperar la memoria del trabajo en sociedades rurales y pesqueras a partir de la puesta en valor de oficios ya en desuso. Asturias ofrece en ese sentido un excepcional campo de trabajo por la estrecha vinculación que buena parte de sus moradores tuvieron con el campo y el mar y que nos lleva a mirar hacia los extremos de la provincia (el Oriente y el Occidente) recurriendo a parámetros diferenciados, tanto en el diseño de propuestas metodológicas como en lo que concierne a la recuperación del patrimonio, respecto a la zona central de la región donde el carbón y el acero, con la línea conductora del ferrocarril como nexo de unión marcaron la impronta de la industrialización y con ello una profunda transformación social y económica.

La actualmente profusa oferta de museos relacionados con la historia del trabajo es un fenómeno muy reciente que guarda relación no sólo con la toma de conciencia del valor patrimonial del legado existente y con una determinada política cultural consecuente con este hecho sino con la identificación de un atractivo que ofrece amplias posibilidades no ya como una fuente directa de ingresos sino como una forma de promocionar y atraer visitantes hacia un determinado territorio. A menudo, esta motivación determina que las instalaciones formen parte más de una estrategia de promoción económica ligada al desarrollo local que a una política cultural propiamente dicha. Concurren en este hecho el trasfondo de declive económico vivido por la región en las últimas décadas y la indolencia de una Consejería de Cultura que –a pesar de una ley de Patrimonio Cultural que contempla como bienes a proteger el patrimonio inmaterial, la memoria oral y la historia del trabajo y del movimiento obrero– no ha sido capaz de definir líneas de actuación ni prioridades al respecto. La iniciativa ha correspondido primordialmente, de este modo, a particulares y administraciones locales. En los primeros prima un afán de preservación de los vestigios materiales en trance de desaparición que suele combinar un afán coleccionista con una motivación de tintes románticos basada en la nostalgia del tiempo perdido¹⁴. Por su parte, a los ojos

¹³ Castillo, Juan José: *La memoria del trabajo y el futuro del patrimonio*, en Sociología del Trabajo, número 52, 2004.

¹⁴ Destaca entre ellos la figura pionera de José Naveiras, Pepe el ferreiro, artífice del Museo Etnográfico de Grandas de Salime a través de una tenaz labor de más de treinta años.

de las distintas administraciones, estos museos adquieren un carácter instrumental que los convierte en depósitos de objetos materiales, descuidando la vertiente de patrimonio inmaterial indispensable para una cabal comprensión del trabajo que se pretende reflejar. A sus ojos, se trataría más bien de parques temáticos destinados a atraer visitantes y, desde este punto de vista, son equiparables un museo del trabajo u otro del Jurásico, una ruta minera o una senda del oso.

En todos los casos, las iniciativas tienen un propósito de reactivación económica sobre nuevas bases. Atraer visitantes no sólo es el propósito natural de quienes se hacen cargo de la dirección de un museo sino que justifica la gestión de responsables políticos e instituciones locales. La capacidad de dinamización del tejido económico resulta, no obstante, muy dispar según se enmarque en una zona poco poblada –donde una iniciativa afortunada puede suponer beneficios apreciables para la mayoría– o en concentraciones urbanas afectadas por el declive industrial, donde los problemas económicos presentan una magnitud que diluye la incidencia de cualquier oferta museística. A modo de ejemplo, en la zona de Taramundi y Los Oscos, con menos de 2.500 habitantes y una superficie de 269 km², se concentran una docena de museos y conjuntos etnográficos visitables, a lo que habría que añadir una ruta de las minas, es decir, uno por cada 200 vecinos y cada 20 kms. Tal densidad da idea de la importancia económica que ha adquirido para un territorio que hace apenas tres decenios padecía severas carencias en materia de comunicaciones e incluso de suministro eléctrico, siendo frecuentes los pueblos a los que no llegaba el tendido de una energía producida a unos pocos kilómetros en los embalses del río Navia. La situación de pobreza y abandono pudo ser paliada en buena medida mediante una combinación de los recursos paisajísticos y los saberes ancestrales, revitalizando la artesanía de cuchilleros y de elaboración de quesos y creando una infraestructura de alojamientos que acoge un turismo ávido de tomas de contacto con la naturaleza y las formas de vida preindustrial, siempre que ello sea en pequeñas dosis y sin renunciar a la tecnología y comodidades del presente.

Únicamente dos de los museos actualmente existentes en Asturias datan de fechas anteriores a la década de los 80 del siglo pasado: el Marítimo (1948) y el del Pueblo de Asturias (1969), ambos creados por iniciativa municipal. Tres más, de carácter etnográfico, nacen entre 1980 y 1984 (Os Teixois, Grado y Grandas de Salime), pero no será hasta los años 90 cuando se produzca una constante ampliación de la oferta museística, que se convierte en verdadera eclosión a partir de 2000. En el panorama que ofrece el caso asturiano, conviene distinguir los museos dedicados a los oficios tradicionales de los que remiten al tiempo de la industrialización, no sólo por el objeto al que prestan atención sino también por los distintos contextos sociales en los que se desarrollan y las diferencias apreciables en la memoria del trabajo a la que remiten y, por tanto, en las reacciones que provocan. Los primeros toman como punto de partida actividades que han sufrido una muerte lenta y su rescate como objeto de exposición va ligado a iniciativas de reactivación local en zonas que se están despoblando (Eo-Oscos, Somiedo...) o bien permiten a la población urbana volver los ojos hacia sus raíces

más o menos próximas. Los segundos suceden casi sin solución de continuidad a las propias actividades que les dan origen y tienen fresco el trauma de los cierres y la pérdida de empleos. A veces, el intervalo entre la desaparición de las fábricas y la instalación del museo ha sido el indispensable para demoler edificaciones de indudable interés, recalificar o urbanizar terrenos y, de inmediato, volver la atención hacia ese pasado reciente para promover un museo que mantenga su memoria. Así nacieron, ubicados en comarcas con visibles cicatrices derivadas de los cierres y la crisis, los museos de la Minería (1994), el Ferrocarril (1996) y la Siderurgia (2006).

Estas iniciativas dieron sus primeros pasos entre el recelo de muchos y en paralelo con una destrucción incontrolada de patrimonio. En las fases más críticas de la reconversión industrial, la idea de transformar los espacios productivos en museos resultaba para los trabajadores afectados no ya dolorosa sino ofensiva y generaba, por tanto, un considerable rechazo entre quienes tenían como máxima prioridad la salvaguardia de los puestos de trabajo. A su vez, los propietarios del suelo y los responsables municipales parecían coincidir en que las tareas más apremiantes consistían en demoler y recalificar de inmediato. Para desesperación de los expertos, cuya voz apenas encontraba eco, se perdieron en ese período piezas insustituibles y de gran valor. La ubicación de las instalaciones industriales en cascos urbanos o zonas con escasez de suelo alienta las tentaciones especulativas o bien apresura el acondicionamiento de polígonos destinados a acoger posibles inversiones que llegan con cuentagotas. Pero también es posible encontrar ejemplos flagrantes de destrucciones sin otra explicación que la falta de sensibilidad hacia el patrimonio demolido¹⁵.

En zonas marcadas por el declive industrial, la reconversión ha dado paso al predominio de las actividades terciarias en unas comunidades que, sin embargo, mantienen con sus actitudes y posicionamientos una estrecha vinculación con un pasado en el que el oficio marcó la pauta de unas estrategias y comportamientos cuyas huellas difícilmente se condensan en un espacio. Si para los mayores no deja de resultar traumático ver sus antiguos lugares de trabajo reconvertidos –cual ejercicio de taxidermia– en museos y reaccionan con frustración ante la pérdida de identidad que supone para ellos, los jóvenes, muchos de ellos nacidos con la reconversión, han hecho del trabajo industrial perdido una referencia frustrante para sus inciertas expectativas, al tiempo que algunos encuentran en ese pasado su fuente de inspiración para respuestas creativas. Una forma de (re)encontrar su identidad, pero también de recuperar la memoria del trabajo.

Estas circunstancias marcan una diferencia notable entre los museos dedicados al trabajo industrial y los referidos a los oficios tradicionales, tanto en las reaccio-

¹⁵ Sirvan de muestra la estación del Ferrocarril Vasco-Asturiano en Oviedo, cuyo solar ha permanecido durante veinte años como una enorme cicatriz baldía tras una demolición llevada a cabo en medio de protestas a las que el ayuntamiento hizo oídos sordos. Igualmente, la empresa HUNOSA derribó sin motivo aparente uno de los dos castilletes del pozo Fondón, al tiempo que destinaba ese recinto a una escuela-taller y ubicaba en él su Archivo Histórico.

nes que suscita su creación como en la forma en que, una vez abiertos, se interrelacionan con el tejido social circundante. Mientras las actividades preindustriales y la vida rural son terreno abonado para la nostalgia, no enturbiada por el trauma reciente de una muerte súbita, los cierres de fábricas y minas han sido acompañados de prolongadas e intensas movilizaciones. Predomina, en consecuencia, la amargura de la derrota, que conlleva el ocaso de una forma de vida y una fuente de identidad en un medio social que ha forjado una acusada personalidad en la esfera sociopolítica. Cuando finalmente la nueva realidad se impone, el reflejo del pasado que proponen los museos afecta a una sensibilidad a flor de piel que convierte a los visitantes vinculados a esa historia en más interactivos y también más conflictivos. Las responsables de las visitas guiadas que ofrece el Museo de la Siderurgia han tenido muy pronto ocasión de comprobar cómo términos de uso común en la investigación social (paternalismo, explotación...) pueden fácilmente herir susceptibilidades entre quienes se sienten ligados a la historia de la fábrica.

■ I LOS CONVIDADOS DE PIEDRA

En una reciente visita a Muros de Nalón mantuvimos con un vecino del concejo una conversación casual que acabó girando en torno a la próxima apertura del Centro de Interpretación del Puerto de San Esteban de Pravia, puerto carbonero asturiano cuya actividad se mantuvo hasta bien entrada la década de los sesenta del pasado siglo. Nuestro interlocutor, que nació y creció a orillas de la desembocadura del río Nalón y por tanto se empapó desde su más tierna infancia de las actividades y modos de vida vinculados a las actividades portuarias –su padre era uno de los prácticos–, manifestaba su entusiasmo ante las labores de recuperación y puesta en valor de los elementos del puerto y recalca la necesidad de acometer tal empresa. Gran conocedor él mismo de las prácticas y la dureza del trabajo que habían de realizar los hombres y mujeres que directa o indirectamente vivían de las actividades portuarias, su interés se centraba casi exclusivamente en los aspectos técnicos del trabajo. A la pregunta de si aún vivirían personas mayores que nos pudieran contar sus experiencias respondió que él había intentado hablar con algunos pero que poco podrían aportar, toda vez que escasamente recordaban los nombres de los barcos que operaban en la zona. Una anécdota acerca de la limpieza de las calderas de los barcos recondujo, no obstante, la conversación hacia las informaciones y riqueza de matices, que, más allá de recordar o no nombres y datos, podía encerrar el testimonio de un trabajador. El relato en cuestión situaba a un niño de no más de diez años como la persona indicada para, dada su escasa corpulencia, introducirse en el interior de la caldera de un barco y limpiar los restos de fuel que, adheridos en los laterales, impedían una correcta combustión. Es muy poco probable, convinimos con nuestro interlocutor, que en un manual de instrucciones de una caldera se explicitara la necesidad de emplear a un niño para tal labor y, sin embargo, esa sería una práctica frecuente, no escrita pero sí asumida. Difícilmente ese niño olvidaría esa particularidad del oficio por

mucho que al cabo de los años no alcanzase a recordar el modelo y el número de serie de la caldera que debía dejar impoluta.

Esta anécdota, en palabras de nuestro improvisado guía, revela hasta qué punto la concepción que se tiene del patrimonio está en muchas ocasiones circunscrita exclusivamente a la recuperación y puesta en valor de los restos materiales, obviando la intrahistoria de los paisajes, sin cuya contextualización e integración es de todo punto imposible llevar a buen puerto la recuperación y (re)valorización de la memoria del trabajo. Esta parece ser, sin embargo, la concepción predominante entre los técnicos y expertos en la materia, asumida de modo más o menos inconsciente por los potenciales destinatarios de sus saberes. Buena parte de las medidas de recuperación patrimonial impulsadas en Asturias en los últimos años y avaladas por especialistas de reconocida solvencia acaban por preservar los vestigios de una fábrica reutilizada para usos públicos –culturales o sociales– pero despojada de cualquier rastro de humanidad o por convertirse en museos y centros de interpretación dotados de colecciones ordenadas y bien documentadas de útiles y herramientas con fidedignas reconstrucciones de espacios de trabajo, que responden a una concepción del patrimonio un tanto acartonada, artificiosa y artificial, entendidos más como contenedores de “cosas” que como depositarios y transmisores de la memoria del trabajo. Se opera, en definitiva, con un esquema heredado del siglo XIX que asocia monumentos y objetos con memoria. Una memoria a la fuerza restringida a la representación de los sectores dominantes y/o, en el caso que nos ocupa, de las “*cuestiones técnicas*”, que presenta a los trabajadores como meros convidados de piedra.

Ya sean oficios tradicionales, ya vinculados a una actividad industrial, no cabe duda que una acertada política de recuperación de la memoria del trabajo requiere un ejercicio de identificación de las distintas formas que ha adoptado en el tiempo y en el espacio. Una memoria que puede estar materializada en artefactos, edificios o estrategias productivas, que además puede hallarse institucionalizada en formas de sociabilidad formales o informales, pero que sobre todo se encarna en personas: hombres y mujeres cuyas experiencias, saberes y capacidades dan forma “*a un patrimonio que es a la vez tangible e intangible y que se nutre de un conjunto de vivencias, creencias, ideas y estrategias que dan vida renovada a cualquier resto físico. Que lo encuadran, que lo convierten en un dato con significado*”¹⁶.

Ese “*dato con significado*” que señala Castillo refuerza el papel otorgado a las voces de los trabajadores y las trabajadoras, hasta el punto de convertirlos en una de las piezas clave a tener en cuenta para llevar a buen puerto cualquier política de recuperación patrimonial, sea ésta ejecutada en espacios propiamente industriales o en ámbitos rurales caracterizados por la presencia de oficios tradicionales. Y, sin embargo, su valiosa aportación acaba en el mejor de los casos por difuminarse o, en el peor, por desaparecer del espacio recuperado o del museo inaugurado.

¹⁶ Castillo, Juan José: op. cit.

Philippe Joutard destacaba a propósito de los testimonios orales la trascendencia de lo que él denominó “*pequeños sucesos*”. Un “*pequeño suceso*” que no es posible inventar y que de repente dota de sentido a un relato. Una parte de la realidad histórica es captada en los detalles que nos hacen sentir que estamos accediendo a otra realidad, que podemos rescatar el pasado tal como fue vivido y que nos permiten compartir, según la bella expresión de Paul Ricoeur, “*la pequeña satisfacción del reconocimiento*”¹⁷.

Detalles que se encuentran en la “*anécdota*” anteriormente referida del niño limpia-calderas de San Esteban de Pravia; en el relato de Esperanza la molinera que nació, vivió y trabajó toda su vida en un molino; en Leocadia, que se iba a “*hacer el dólar*” recogiendo restos de zinc de las minas de Arnao para después fundirlo y conseguir un extra; o en Segis, quien pasaba seis meses al año viviendo y trabajando en una tejera de Torrelavega para con su sustento poder contribuir a la economía familiar. “*Pequeños sucesos*” que pueden hallarse también en relatos como el de Angelín, que recuerda a su abuela lunes tras lunes yendo al mercado de Sama a vender las madreñas que hacía su marido a ratos durante la semana; en el de Aurelio el lecherín, cuyo oficio llevaba implícito mucho más que recoger la leche de casa en casa por pueblos dispersos, o en el de Manuel, un donjuán marinero que amarraba a una cuerda su traje de mahón hecho a medida y lo dejaba aclimatarse en el mar para que soportara noches de taberna y madrugadas de pesca¹⁸. Y es que esas informaciones simples, aparentemente banales e intrascendentes, encierran unos modos de vida, unas estrategias productivas y reproductivas y unas redes sociales que permiten contextualizar histórica y socialmente el pasado del trabajo.

Abundando en esta cuestión, no cabe duda que las fuentes orales resultan enormemente atractivas para estudiar diferentes aspectos de la organización económica y de la estratificación social en el mundo rural: el control de la propiedad y la gestión de los medios de producción, las complejas estrategias de reproducción social en contacto con el mercado o su particular asunción selectiva de los objetivos y tácticas de las organizaciones contestatarias, construida sobre las experiencias colectivas y la convivencia cotidiana¹⁹.

¹⁷ Joutard, Philippe: “Memoria e Historia: ¿cómo superar el conflicto?”, en *Historia Antropología y Fuentes Orales*, nº 38, 2007.

¹⁸ Testimonios Orales de Esperanza Santamarina (El Franco) y Ángel Zapico (Mieres) pertenecientes a la Serie Historias de Vida del Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias (AFOHSA) y Leocadia Suárez (Avilés), Segismundo Valle (Llanes) y Manuel González (Gijón) pertenecientes a la Serie Voces del Pasado. Testimonios orales de represión y violencia política en Asturias (AFOHSA). El testimonio de Aurelio Rubiera Meana el lecherín en Vega García, Rubén y Viejo, Ignacio: “Cien años de cooperativismo. *Historia de la Cooperativa de Agricultores de Gijón*, Cooperativa de Agricultores de Gijón, Gijón, 2006.

¹⁹ Varela Sabas, Alfredo: “Un acercamiento desde la fuente oral a la vida cotidiana en la posguerra: pluriactividad racional e industrias tradicionales en el mundo rural” en Trujillano Sánchez, José Manuel y Díaz, Pilar (eds): *Jornadas Historia y Fuentes Orales. Testimonios orales y escritos*, Fundación Cultural Santa Teresa/ Seminario de Fuentes Orales de la Universidad Complutense, Ávila, 1996. Soutelo Vázquez, Raúl: “La organización de los archivos orales en Galicia y su utilización en la Historiografía social sobre el XX”, en Trujillano Sánchez, José Manuel y Díaz, Pilar (eds): *Jornadas Historia y Fuentes Orales. La crisis del franquismo y la transición. El protagonismo de los movimientos sociales*, Fundación Cultural Santa Teresa/ Seminario de Fuentes Orales de la Universidad Complutense, Ávila, 1998.

En ese sentido, el que museos como el de los Molinos de Taramundi²⁰, exquisitamente planteado en lo que a evolución de la técnica de los ingenios se refiere,zanje lo referido a uno de los oficios más emblemáticos del mundo rural con una alusión al “*gran esfuerzo el que suponía la molienda en tiempos ancestrales*”, denota hasta qué punto las políticas de recuperación de la memoria del trabajo acaban siendo sólo “*política*” y los molineros y molineras, hacedores del oficio, depositarios y conocedores de las miserias de sus clientes, amén de figuras clave en coyunturas de escasez y/o malas cosechas, devienen en meros figurantes. Como si el paulatino declive de los molinos y la pérdida de relevancia social del molinero no guardara relación alguna con los cambios y transformaciones sociales y económicas experimentados en el mundo rural, la irrupción del mercado, la mejora de las comunicaciones y la ruptura de los moldes tradicionales de la comunidad campesina. En paralelo con la desaparición de este mundo secular y de los mercados semanales y ferias anuales, las nuevas demandas del turismo han puesto de moda supuestos mercados “*medievales*” o tradicionales en los cuales los artesanos, amén de ofrecer productos “*ecológicos*” o realizados de forma manual, se convierten ellos mismos en atracción, disfrazados con atuendos “*típicos*” o de época.

De igual manera son incomprensiblemente museizados no pocos oficios tradicionales, abstrayéndose los proyectos diseñados para su puesta en valor de la vinculación de las labores agrarias y pesqueras con las oscilaciones estacionales en la demanda de trabajo y sobre todo con el momento del ciclo reproductivo del grupo doméstico como los factores que los impulsaban a asumir de un modo selectivo distintas estrategias pluriactivas, aspectos fácilmente rastreables a través de los testimonios orales. En todo caso, los museos de contenido etnográfico referidos a épocas preindustriales tienden, en su mejor versión, a poner de relieve el estrecho contacto con la naturaleza, los saberes ancestrales que permiten aprovechar sus recursos, la diversidad de las faenas, el carácter de unidad productiva de las estructuras familiares, la autosubsistencia como principio rector de la economía doméstica... Todo ello se materializa en una profusión de objetos relacionados con la vida cotidiana y útiles de trabajo y en la recreación de espacios. Aun faltando, como suele ocurrir, la voz de quienes protagonizaron las formas de vida a las que remiten y escapando casi por completo el universo mental que les dio sentido, la importancia que adquiere la vivienda en el planteamiento expositivo y la fácil comprensión de las técnicas de trabajo reflejadas permiten al visitante hacerse una idea, más o menos limitada y simplista, de las condiciones de existencia de grupos humanos ya desaparecidos.

Paradójicamente, son las actuaciones de recuperación patrimonial y/o museización llevadas a cabo en espacios propiamente industriales donde más nítidamente se observan los riesgos de una política de recuperación de la memoria del

²⁰ Moris, Gonzalo y Moris, Daniel: “El Museo de los Molinos de Mazonovo en Taramundi” en VVAA: *Arquitecturas, Ingenierías y Culturas del Agua*, INCUNA, colección los ojos de la memoria nº 7, 2007.

trabajo limitada al contenedor. Un contenedor que apenas dice nada una vez que se ha vaciado, una vez que se ha convertido en un baldío industrial. Contribuye a ello el hecho de que las actividades fabriles conllevan procesos productivos más complejos y fragmentados, donde la máquina desplaza a la herramienta y el trabajador ha de someterse a las servidumbres de una tecnificación creciente. Al mismo tiempo, la disociación espacial entre vivienda y lugar de trabajo y temporal entre jornada laboral y tiempo de ocio facilita la omisión de dimensiones fundamentales de la vida de los obreros. Si, además, la rehabilitación de los espacios y su puesta en valor queda en manos de responsables políticos y de “*expertos*” seleccionados en virtud de competencias profesionales que poco o nada tienen que ver con las ciencias sociales, el resultado suele consistir en una omisión sistemática de los sujetos humanos que hicieron posible la existencia de esas industrias. O, peor aún, el tributo de memoria queda reservado al recuerdo de los “*hombres de empresa*”, los patronos cuya iniciativa y capitales parecen haber creado todo, al modo en que Bertolt Brecht ironizaba acerca de los faraones que habían construido las pirámides. En contrapartida, parece existir mucha menor disposición a atender a todo aquello que remite de un modo u otro a una perspectiva de clase: las cualificaciones, destrezas y categorías de la mano de obra, las condiciones de trabajo, la jornada, la siniestralidad, las enfermedades profesionales, las relaciones laborales, los niveles de vida, las estrategias familiares, la sociabilidad, los conflictos, las identidades, las organizaciones...²¹.

Esta ausencia de planteamientos que “*devuelvan los nervios y la sangre, la complejidad de la vida en las fábricas y centros de trabajo, su singularidad y sus contingencias*”²² se observa en la deshumanización de que son objeto los espacios recuperados, primando los aspectos técnicos del proceso productivo y obviando el hecho de que el desempeño de un oficio fue determinante para establecer rasgos de identidad, pautar unas determinadas condiciones de vida y dinamizar la acción colectiva. Como ha escrito un antropólogo a propósito de las comunidades mineras, el deslumbramiento por la técnica “*está en la raíz, es parcialmente responsable, de una visión peyorativa de los trabajadores. Es un producto de la fetichizada fijación académica en las máquinas y en las tecnologías que lleva a la exclusión de cualquier interés en las dimensiones sociales de las comunidades mineras*”²³.

Quizás por ello suele marginarse el hecho de que la propia existencia de una tradición de trabajo local creó una especialización de los individuos que influyó en su socialización, los dotó de unos conocimientos, unas destrezas y unas prácticas

²¹ A rescatar la memoria de todas estas dimensiones se dirige la labor del Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias, que actualmente lleva a cabo un plan de entrevistas centradas en las culturas del trabajo.

²² Castillo, Juan José: op. cit.

²³ Pfaffenberger, Bryan: “Mining communities, chaines operatoires and sociotechnical systems”, en Bernard Knapp, A; Piggot, Vicent y Herbert, Eugenia: *Approaches to an industrial past: The Anthropology and Archeology of Mining*, Routledge and Paul Kegan, London, 1998. Artículo consultable en la página web del autor. Traducción de la cita tomada de Castillo, Juan José: op. cit.

productivas que modelaron sus comportamientos, actitudes y valores que se extendieron más allá de la actividad laboral misma, impregnando la cotidianidad social y generando en ellos una identidad socioprofesional que aún hoy explica ciertas características de la sociedad local.

El trabajo en una mina, en un astillero o en una fábrica adquirió un valor simbólico de representación más allá de su importancia económica al convertirse en un elemento emblemático capaz de identificar socialmente los modos de vida con los medios de vida. Esa identificación es la que tiende a desaparecer en no pocas actuaciones de recuperación patrimonial. Conocer cómo y donde realizaban sus tareas los trabajadores, cómo se relacionaban entre ellos y con sus jefes, cómo era su vida después de la fábrica, indagar en fin, en las culturas del trabajo vinculadas a una práctica laboral otorgando la voz a quienes dieron vida a las fábricas dotaría de una dimensión real, efectiva, a la recuperación de espacios que en su día fueron de trabajo y hoy se nos presentan como vestigios desenraizados y sobre todo deshumanizados.

El estudio y la investigación han de estar en ese sentido en estrecha relación con la puesta en valor del patrimonio, viendo el proceso como un todo. Únicamente de esta manera su recuperación a través de centros de interpretación o museos del trabajo estará condicionada por sus aportaciones. Resulta paradójico que en Asturias apenas hayan sido tomadas en cuenta para la proyección y diseño de museos las investigaciones que, avaladas por una rigurosa labor de documentación y búsqueda de fuentes, han indagado en las culturas y la historia del trabajo vinculadas a una práctica laboral o un sector profesional²⁴ y que no pocos archivos de empresa, cuyos fondos aportarían una visión integral acerca de la organización del trabajo en una fábrica, se encuentren en situación de abandono ante la desidia de la Administración. De la misma manera son excepcionales los museos que han integrado las fuentes orales como elemento indispensable de esa recuperación, máxime cuando entre los responsables de ejecutar tales políticas se

²⁴ Podemos citar entre las investigaciones que se han acercado al estudio de las culturas y la historia del trabajo las siguientes: Asociación de Mujeres La Romanela: Nacimiento y ocaso de las conserveras en Puerto de Vega, Puerto de Vega, 2008; Bogaerts, Jorge: *El mundo social de ENSIDESA. Estado y paternalismo industrial (1950-1973)*, Azucel, Avilés, 2000. Díaz Martínez, Irene: "Enfermedad profesional, redes de solidaridad y acción colectiva en la minería asturiana durante el franquismo" en *Sociología del Trabajo*, nº 59, 2007; Fandos Rodríguez, Lucia: *La mujer trabajadora en Gozón, Luanco*, 2000. García Piñeiro, Ramón: *Los mineros asturianos bajo el Franquismo (1937-1962)*, Fundación 1º de Mayo, Madrid, 1990. Muñiz Sánchez, Jorge: *Del pozo a casa. Genealogías del paternalismo minero contemporáneo en Asturias*, Trea, Gijón, 2007. Köhler, Holm-Detlev (dir.): *Asturias: el declive de una región industrial*, Trea, Gijón, 1996. Piñera, Luis Miguel: *Ciudadelas, patios, callejones y otras formas de vida obrera en Gijón (1860-1960)*, Ayuntamiento de Gijón, Gijón, 1998. Radcliff, Pamela y Francisco, M^a Jesús de: "Las cigarreras de Gijón", en *Historia Vivida*, nº 1, El Comercio, Gijón, 1997. Sierra Álvarez, José: "Las condiciones de vida de los trabajadores mineros e industriales hasta la Guerra Civil", en *Historia de la Economía Asturiana*, Prensa Asturiana, Oviedo, 1994 y "Política de vivienda y disciplinas industriales paternalistas en Asturias", *Éria*, nº 8, 1985. Uría González, Jorge: "Cultura popular tradicional y disciplinas de trabajo industrial. Asturias 1880-1914", en *Historia Social*, nº 23, 1995. Vega García, Rubén: *Crisis industrial y conflicto social. Gijón 1975-1995*, Trea, Gijón, 1998 y "La fuerza del pasado. Experiencia y memoria en las movilizaciones de los trabajadores de astilleros", en Santiago Castillo y Roberto Fernández (coord.), *Campesinos, artesanos, trabajadores*, Milenio, Lérida, 2001 y "Condiciones de trabajo y acción sindical. El caso asturiano", en Carlos Arenas Posadas, Antonio Florencio Puntas y José Ignacio Martínez Ruiz (eds), *Mercado y organización del trabajo en España (siglos XIX y XX)*, Sevilla, Atril, 1998. Vila Álvarez, Nuria: "Los ferroviarios del puerto", en *Ferrocarril y Puerto, Autoridad Portuaria Gijón*, Gijón, 2006.

reconoce que la recogida, preservación y puesta en valor de las experiencias vitales y la memoria de los trabajadores y trabajadoras constituyen un vínculo cohesionador de las comunidades, especialmente útil en áreas marcadas por el declive de las actividades industriales. Áreas donde los museos del trabajo son vistos por los habitantes más como museos de la reconversión que como centros de recuperación de la memoria del trabajo. Para gente hoy envejecida, que ha participado activamente en los procesos de dinamismo industrial y económico en sus otrora pujantes comunidades, la nueva realidad supone una aparente pérdida de consideración social. Como afirma Miguel Álvarez Areces “*hay que invertir esa inexacta percepción, pues de lo que se trata es de recuperar la iniciativa social de vuelta al territorio de flujos de personas, actividades terciarias, corrientes de actividad que insuflen la sensación de que algo se mueve*”²⁵. Que, además, se logre una cabal recuperación de la memoria del trabajo y una adecuada transmisión social no resulta un objetivo sencillo, pese a las buenas intenciones, cuando priman más cuestiones de índole económica –y por extensión política– circunscritas a la apertura de museos o restauración de castilletes. Ciertamente contribuyen a la reactivación local, pero ¿contribuyen realmente los espacios recuperados a recomponer el maltrecho tejido social?

²⁵ Álvarez Areces, Miguel: “Patrimonio Industrial, Identidad Cultural y Sostenibilidad”, en VVAA: *Arqueología industrial, Patrimonio y Turismo Cultural*, INCUNA, Asturias, 2001, pág. 22.